

Nativo



Juan Manuel Gómez Cotes

Estaban arriba de los acantilados en silencio, desnudos, hombres, mujeres y numerosos niños, escondidos entre los árboles mientras atravesábamos los bosques de tepuyes. Asustaban a los visitantes con sus risas repentinas. Los miré como si fueran unos primos queridos. Y luego, bajo la fuerte humedad, observé el cielo. Las águilas sobrevolaban este antiguo templo ancestral custodiado por jaguares, adornado con tapires y rodeado por las aguas del Apaporis. En un momento recordé cómo llegamos a este tesoro de la selva.

El aguacero comenzó cuando ya nos estábamos acercando a la serranía de la Lindosa. Mojados por la saliva de Echikirama, el padre creador, llegaríamos a nuestro destino. Habíamos salido antes del amanecer. Los gigantes árboles con sus ramas hacían reinar una oscuridad que parecía la noche. Los rayos de Monairue Jitoma que iluminaban a la Madre Tierra estaban ausentes. Yo era el guía de una pareja de jóvenes científicos antioqueños, Mario y Lina, y un obeso turista bogotano de nombre Ernesto. Conocía mejor este sitio que cualquier otra persona, con la excepción de nuestros primos, los aislados.

La lluvia constante y el olor de la manigua era tan familiares para mí como los sonidos de micos y aves. Los acompañantes disimulaban las molestias que les causaba la selva. Mis mayores me hablaron del lugar y conocía cada sendero desde mi infancia. Muchas veces caminé por sus alrededores, desde el momento en que ingresé a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo. La cuadrilla que integré realizaba sus patrullajes por la zona, les mostraba los caminos de la selva. Era fácil guiar a los foráneos hasta donde querían llegar.

Antes de salir habíamos desayunado unos marañones que recogí la tarde anterior, mientras los visitantes preparaban las carpas para dormir. Las provisiones que trajeron de la ciudad desaparecían sin que se dieran cuenta, los foráneos pensaban que eran los micos, pero yo sabía quiénes eran los responsables, eran los mismos que les sustraían cosas de los campamentos a mis compañeros de la guerrilla. Insuficientes resultaron los repelentes contra los mosquitos, que continuaban dándose un festín con ellos. Así que les ofrecí las frutas y unas semillas de achiote, que, luego de ser machacadas y mezcladas con agua, se restregaban por el cuerpo para espantar a los fastidiosos insectos. Los científicos y el turista se sorprendieron por mi conocimiento de la selva. Yo soy un indígena Murui y estos montes siempre han sido mi hogar. Consideraba plantas y animales como parte de nosotros y le pedía permiso a Echikirama para utilizarlos o

consumirlos. La comunidad donde nací y crecí no quedaba tan lejos de la serranía.

Caminábamos por uno de los senderos, escuchando los ruidos propios de la jungla, bajo la lluvia torrencial que hacía que los visitantes fueran unos gigantes de pies de barro, cuando llegó un momento perturbador, sentimos que nos seguían. Luego oímos la risa de unos niños. Mis acompañantes se pusieron nerviosos.

—Tranquilos —les dije, sabiendo que debía tratarse de los aislados. Aquellos primos nuestros que decidieron internarse en lo más profundo de la selva para no tener contacto con personas que no fueran como ellos. —No se asusten, solo es el ruido de la manigua —los decía para calmarlos, aunque sabía que estaban siguiendo las huellas que dejábamos. Nunca hablaría de la existencia de ellos con ningún foráneo.

Lina, la científica paisa, una rubia de ojos azules, me miraba nerviosa.

—¿Ruido de la manigua? Bueno, Rafue, mientras no sea un jaguar.

El jaguar era uno de los mamíferos más peligrosos que podíamos toparnos en la selva, pero yo tenía una idea bastante precisa de los territorios que el animal había marcado como sus dominios. Al contrario de los foráneos, no estaba preocupado de que en el camino se nos apareciera el amo de la jungla, a ese animal los Murui solo le teníamos respeto.

Un ser aún más temible que el mismo felino era el que sí debía preocuparnos a todos: nosotros mismos. Recuerdo dolorosamente por qué entré a la guerrilla. Una noche, los paramilitares asesinaron a mi padre, quien era el líder de la comunidad. Lo acusaron de ser un colaborador de las FARC-EP solo porque en la mañana les había vendido plantas medicinales a los guerrilleros, quienes se las iban a llevar a unos compañeros que estaban enfermos de leishmaniasis. La muerte del cacique causó un gran dolor entre los nuestros y un horrible vacío en mi ser. Era un hombre sabio que conocía mucho sobre la relación armoniosa con la naturaleza. Mi progenitor me había enseñado con cariño cómo debía respetar a la selva y cuándo disponer de plantas y animales. Todo lo aprendí durante los rituales de iniciación en la manigua.

Supimos que el Ejército Nacional había facilitado información para que llevaran a cabo el homicidio. Mi sed de venganza me motivó a viajar hacia el campamento de los guerrilleros y vincularme a ellos siendo un adolescente. Mi conocimiento de la selva me hizo valioso para las FARC-EP.

Seguíamos por los oscuros senderos en medio de gigantes y frondosos árboles, bajo la lluvia constante, parecía que la manigua nos iba a envolver, decidida a no dejarnos avanzar hacia nuestro destino.

—Rafue, parcero —me llamó Mario, que era un hombre de cabello rastafari al que ya le tenía mucha confianza—. Nos

hemos dado cuenta de que eres muy piloso con la selva. Además, sabemos que estuviste muchos años metido en la guerrilla.

—La selva es mi casa.

—Nos gustaría saber cómo aprendiste a ser amigo de la naturaleza y cómo sobreviviste dentro de la guerrilla. La guerra fue muy larga y sangrienta.

—Desde que nacemos ya tenemos conexiones con la naturaleza. Entre todos nos respetamos.

— ¿Y, dinos, la vida en la guerrilla era muy difícil?

—Más que eso, estábamos todo el tiempo alerta por las minas quiebra pata, los combates y bombardeos.

La verdad es que no quería recordar nada de mis años en la guerrilla. Cuando entré, recibí un camuflado con unas botas y comencé el entrenamiento. Estuvieron preparándose para el combate durante unas semanas. Mi iniciación fue el fusilamiento de un prisionero paramilitar, un suceso que aún recuerdo con impacto. El comandante ordenó que le disparara con el fusil que me entregó, el arma que fue mi compañera en mi paso por este grupo. No olvido ese cuerpo amordazado y los ojos llorosos. Después de apretar el gatillo pensé que el muerto podía ser uno de los integrantes del grupo que asesinó a mi padre y eso me tranquilizó un poco, lo merecía también por las atrocidades que habían cometido contra los habitantes de la selva.

Al principio me mandaron a patrullar la jungla con otros combatientes, enseñándoles los caminos, y luego me asignaron

la vigilancia de los secuestrados, que tenían amarrados con cadenas en corrales cercados con alambres de púas, como unos animales. Los cautivos eran militares y policías, a quienes siempre traté de hacerles la vida difícil en estos montes. Con insultos y golpes les recordaba muertes y violaciones que habían protagonizado en complicidad con los paramilitares y sonreía de placer al ver el sufrimiento de esos desgraciados, de cómo los podría la selva. Me había convertido en el peor carcelero que un prisionero pudiera tener.

Ernesto, el turista bogotano, comenzó a sentirse mal, la manigua lo estaba asfixiando con su abrazo mortal. Nos detuvimos debajo de un árbol y comenzó a vomitar. Estaba fatigado. Había previsto esto, la llegada a la serranía era bastante dura, así que el día anterior había preparado unas bebidas con unas hierbas que recolecté después de buscar las frutas. Se la di de beber al turista y esperamos durante una hora hasta que recobrará fuerzas para continuar con nuestra marcha. Era la misma bebida que consumía cuando debíamos atravesar la montaña para movilizarnos a un campamento o huir de los ataques y bombardeos del Ejército Nacional. La preparaba en el camino y mientras mis compañeros guerrilleros estaban cansados, yo me mantenía fuerte como si nada, y trataba de darles de beber de mi pócima, pero la rechazaban por su sabor amargo.

Escampó. Eso nos hizo más fácil el trayecto final. Cuando se firmó el acuerdo de paz, después de entregar las armas fuimos ubicados en un lugar llamado Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación. Quedaba distante de los sitios donde habían estado nuestros campamentos. Nosotros construimos las viviendas y contábamos con la protección de soldados, los mismos a los que muchas veces les hice daño por venganza, pero en esta etapa de mi vida ya no los veía como enemigos, todos debíamos prepararnos para la paz. Compartía con los uniformados, no sé si era remordimiento porque ahora ellos nos estaban cuidando. Pensé en los militares secuestrados que me habían ordenado custodiar, quizás algunos de ellos no habían cometido atrocidades, tenían familia y eran honestos. Me sentía mal por haber hecho miserable la existencia de estos hombres durante su permanencia en la selva, por eso al verlos de pie, mojados por la saliva de Echikirama, mientras hacían guardia alrededor del Espacio Territorial, enviaba con las compañeras café y chocolate, que nos suministraba el Gobierno, para que soportaran el frío.

Nos enseñaron muchas cosas, pude graduarme de bachiller, pero lo que más me gustó de la estadía en ese espacio fue el proyecto “Paz con la naturaleza”, porque aprendí a hacer un inventario de plantas y animales con herramientas extrañas para mí. Desconocía que existieran tantas personas interesadas en viajar a los montes, observar las aves, bueno, como esas

cosas eran tan normales para mí, quizás por eso me extrañaba la sorpresa de los que llegaban a estas junglas por primera vez. Regresé a la comunidad para dedicarme a ser guía turístico y guardabosques.

Monairue Jitoma ya lanzaba sus rayos más fuertes, los foráneos estaban muy cansados. Los había conocido porque un profesor me recomendó con ellos. El docente me había capacitado durante unos talleres de “Paz con la naturaleza”. Cuando estaba en la comunidad con mi familia recibí la llamada de Mario y Lina, me dijeron que, por favor, los guiara hacia la serranía de la Lindosa, caminando por tierra, ellos querían avistar numerosas aves y tomar muestras de plantas, algo que no habían podido hacer por la guerra. También me informaron que un turista de Bogotá les iba a patrocinar el viaje y me iba a pagar muy bien por llevarlos hasta allá. El señor de la capital era un empresario que desde hacía muchos años quería conocer Chiribiquete.

Al fin llegamos después de rodear la serranía. La luz del día nos mostró una de las maravillas de nuestro país: numerosos acantilados con pinturas de animales y personas. Imágenes de peces, tortugas, lagartos y aves estaban plasmados en esas verdaderas obras de arte. Peces como el piraiba, que pescaba con mi padre en el gran río y lagartos como el caimán, digno de respeto. También vimos dibujos de personas bailando y tomadas de las manos, las mismas danzas en las que participaba

de niño, además estaban marcadas numerosas huellas de mano, antiguas y recientes, las de mis ancestros y las de los aislados que continuaban acudiendo a este lugar sagrado.

Los visitantes estaban incrédulos de tener ante sus ojos un lugar como este. Miles de años de historia en la selva se representaban en esas pinturas, porque los científicos pudieron identificar imágenes de animales extinguidos hace milenios. Las personas representadas eran mis ancestros y también de los primos aislados, quienes seguían coloreando esas piedras, en la manifestación más pura de cultura que puede existir.

Y en un segundo los vi, a lo lejos una familia desde lo alto de los acantilados nos observaba. Mientras los acompañantes estaban distraídos, yo los miraba y pensaba en lo felices que debían estar, viviendo en el corazón de la naturaleza. Recordé lo que me habían narrado mis mayores acerca de este sitio y de los aislados. Estábamos en un lugar sagrado para todos los habitantes de la selva. Mis ancestros deben estar orgullosos de que dejara las armas y me convirtiera en un guardián de la naturaleza.

Native



Juan Manuel Gómez Cotes

Translation by Danitza Erzisnik Traducciones

They stood on top of the cliffs in silence, naked, men and women with many children, hidden among the trees as we passed through the *tepui* forests. They scared the visitors with their sudden laughter. I looked on them as dear cousins. And then, in the heavy humidity, I looked up at the sky. Eagles flew over this ancient ancestral temple guarded by jaguars, adorned with tapirs and surrounded by the waters of the Apaporis river. At that moment I thought back on how we got to this jungle treasure.

The downpour began as we approached the Lindosa mountain range. We would reach our destination wet with the saliva of Echikirama, the creative father. We had left before dawn. Under the gigantic trees the darkness seemed like night; the rays of Monairue Jitoma that illuminated Mother Earth were absent. I was the guide for a couple of young scientists from Antioquia, Mario and Lina, and an obese tourist from Bogotá named Ernesto. I knew this place better than anyone else, with the exception of our cousins, the isolated ones. The constant rain and the smell of the bush were as familiar to me as the sounds

of monkeys and birds. So far, my companions were managing not to seem intimidated by the rainforest. My elders had told me about the place, and I had known each trail since my childhood. From the moment I joined the Revolutionary Armed Forces of Colombia – the People’s Army – I had often walked around it. The group that I joined carried out their patrols in the area, and I used to show them the paths of the forest. So for me it was easy to guide outsiders to where they wanted to go.

We had some cashews for breakfast before we left that morning, the same ones I had collected the previous afternoon while the outsiders prepared the tents for the night. The supplies that they brought from the city disappeared without them realizing it; they thought it was the monkeys, but I knew who was responsible, the same ones that stole things from my guerrilla comrades in the camps.

Insect repellents were not good enough against the mosquitoes that constantly feasted on the outsiders, so I offered them some fruits and achiote seeds, which after being crushed and mixed with water were rubbed over the body to scare away the annoying insects. The scientists and the tourist were surprised by my knowledge of the forest. I am an indigenous Murui and these mountains have always been my home. I considered plants and animals as part of all of us and asked Echikirama for permission to use them. The community where I was born and raised was not that far away.

We were walking along one of the trails, listening to the sounds of the rainforest, under the torrential rain that turned the paths to mud and gave the visitors feet of clay, when something disturbing happened. It felt like something was following us. Then we heard the laughter of children. My companions grew nervous.

'Easy,' I told them, knowing those could be the isolated ones, those cousins of ours who decided to go deep into the jungle so as not to have contact with people who were not like them. 'Don't be scared, it's just forest noises.' I said this to keep them calm, but I knew someone was following the footprints we left behind. I would never discuss their existence with any outsider.

Lina, the scientist from Antioquia, a blonde girl with blue eyes, was still looking at me nervously. 'Forest noises? Well, Rafue, I hope it is not a jaguar.'

The jaguar was one of the most dangerous creatures in the rainforest, but I had a very precise idea of the territory that the animal had marked as its domain. Unlike the outsiders, I was not worried that the master of the jungle would appear to us along the way; we Murui had a lot of respect for it.

A being even more fearsome than the feline itself was the one that should really concern us all: ourselves. I remember with sorrow why I joined the guerrillas. One night, the paramilitaries murdered my father, who was a leader of our community. They accused him of being a collaborator of the FARC-EP just

because that same morning he had sold medicinal plants to the guerrilla group, and they were going to take those medicines to some comrades who were sick with leishmaniasis. The death of our leader caused great pain in our community and a horrible emptiness in me. My father was a wise man who knew a lot about a harmonious relationship with nature. He had lovingly taught me how to respect the jungle and when to use plants and animals. I learned everything during these initiation rituals.

We learned that the National Army had provided information so the paramilitaries could carry out the murder. My thirst for revenge sent me as a teenager to join the guerrillas; my knowledge of the jungle made me valuable to them.

We continued along the dark paths under giant, lush trees, in the constant rain. It seemed that the bush was going to wrap us in its embrace, determined not to let us reach our destination.

'Rafue, my friend,' Mario said; he was a Rastafarian-haired man that I trusted. 'We have realized that you know your way around the jungle. We also know you were involved with the guerrillas for many years.'

'The forest is my home.'

'We'd like to know how you learned to be a friend of nature and how you survived in the guerrillas. The war was very long and bloody.'

'As soon as we are born, we start having a connection with nature. We all respect each other.'

‘And tell us about your life as a guerrilla, was it very hard?’

‘It was more than that, we were constantly on the lookout for land mines, firefights or shelling.’

The truth is that I didn’t want to remember anything about my years in the guerrillas. When I joined them, I received a camouflage uniform and a pair of boots and started training. I was ready for combat after a few weeks. My initiation was to kill a paramilitary prisoner, an event that I still remember with shock. The commander ordered me to shoot him with the rifle he handed me, the weapon that became my companion during my time as a guerrilla member. I can’t forget that bound and gagged body and his watery eyes. After pulling the trigger, it struck me that the dead man could have been one of the group that murdered my father, and that helped me a bit; he deserved it because of the atrocities he and his group had committed against the people of the jungle.

At first, they sent me on patrol with other combatants, to show them the trails, and then they assigned me to watch over the captives, soldiers and policemen, who were chained inside pens fenced with barbed wire, like animals. I always tried to make their life difficult with insults and beatings. I remembered the deaths and rapes that they had committed in complicity with the paramilitaries, and took great pleasure in watching the suffering of these unfortunates, and how the jungle was rotting them. I had become the worst jailer a prisoner could have.

Ernesto, the tourist from Bogotá, began to feel unwell, the forest was suffocating him in its deadly embrace. We stopped under a tree and he began to vomit. He was tired. I had foreseen this, traversing the mountains was hard, so the day before I had prepared a drink with some herbs that I had gathered when I was collecting fruits. I gave the tourist some and we waited for an hour until he regained his strength. It was the same drink that I used to prepare when I needed to cross the mountain to reach a camp or flee from the attacks of the National Army. When my fellow guerrillas tired, I felt as strong as ever; I offered them some of my potion, but they refused because of its bitter taste.

It stopped raining. That would make the final part of the journey easier for us. When the peace agreement was signed, after surrendering our weapons we were relocated to a place called the Zone for Territorial Training and Reincorporation, far from our camps. We built the houses, and we were protected by soldiers, the same soldiers I had often hurt in revenge. But at this stage of my life I no longer saw them as enemies; we all had to get ready for peace. I felt a sort of remorse, because now they were taking care of us. I thought of the captive soldiers that I had been ordered to guard; perhaps some of them had not committed atrocities, they had families and they were honest. I felt bad for having made their existence miserable during their imprisonment in the forest. That’s why, when I saw them standing up, wet with the saliva of Echikirama while they stood

guard around the Territorial Zone, I shared some of the coffee and chocolate given to us by the government to help them endure the cold of the night.

We were taught many things. I was able to graduate from high school, but what I liked the most about my life in that place was the 'Peace with nature' project because I learned how to make an inventory of plants and animals with tools I had never seen before. I did not know that there were so many people wanting to travel to the mountains to observe birds. Those things were so normal for me, which is why I was amazed by the wonder of those who came to these forests for the first time. I returned to my community to work as a tour guide and park ranger.

Monairue Jitoma was already launching its strongest beams, the outsiders were very tired. I had met them through the recommendation of a teacher who had trained me at the 'Peace with nature' workshops. Back home with my family, I had received a call from Mario and Lina, who asked me to guide them towards the Lindosa mountain range; they wanted to walk, they wanted to watch the birds and take samples of plants. This was something they had wanted to do in the past, but the war had made it impossible. They also told me that there was a tourist from Bogotá who was going to sponsor their trip and that he was going to pay good money for me to take them there. He was a businessman who had wanted to visit Chiribiquete for many years.

At last, our walk round the mountain range brought us to our destination. Daylight showed us one of the wonders of our country: numerous cliffs with paintings of animals and people. Images of fish, turtles, lizards and birds were captured in these true works of art. Fish like the piraiba that I used to catch with my father in the great river, and alligators, animals worthy of great respect. We also saw drawings of people dancing and holding hands, the same dances in which I participated as a child. There were many handprints old and new, those of my ancestors and those of the isolated ones who continued to come to this sacred place.

The visitors were astonished to see such a place. Thousands of years of forest history were depicted in these paintings; scientists were able to identify images of animals that had been extinct for millennia. The people represented there were my ancestors and also those of the isolated cousins, who continued to colour those stones, a manifestation of culture at its purest.

And for a second, I saw them, in the distance; a family was watching us from the top of the cliffs. While my companions were distracted, I looked at them and thought how happy they must be, living in the heart of nature. I remembered what my elders had told me about this place and about the isolated ones. We were in a place that was sacred to all the rainforest's inhabitants. My ancestors must be proud that I had been able to put down my weapons and become a guardian of nature.